



(Memorias de John Ranbet)

POR

JULIÁN J. BERNAT

(Continuación)

Imposible sería describir el furor que se apoderó de Meyer al cerciorarse de la desaparición de la joven. Ciego de ira, y recordando el caso de sus compañeros que le recomendaban sangre fría, sacó el revólver y con él en la mano volvió á recorrer el jardín seguido de Pearcy, Murray y Bell. Apenas habían transcurrido dos minutos cuando se oyó nuevamente el galope de los caballos de la gendarmería volante, y poco después una voz que gritaba:

—¡Parénsen!

Detuvieronse los cuatro y aproximándose á la verja trataron de averiguar qué ocurría en la calle, sin ver que una silueta de mujer entraba en aquel momento dirigiéndose apresuradamente al interior del edificio.

Meyer y sus cómplices, pegados á la verja oyeron el siguiente diálogo:

—¡Pero dónde se ha metido?

—Parece cosa de duendes. Recién estamos aquí y ya no se ven por ninguna parte.

—¡Estás seguro de que eran dos?

—A mí me ha parecido ver dos sombras.

—Pues yo no he visto más que una.

—¡Y qué hacemos?

—¡Seguimos buscando!

—¡Estás loco!...

Mirá, Gómez, lo mejor que podemos hacer es mandarnos mudas de esto parece cosa de duendes y no estoy para que me metan un balazo sin saber de dónde han venido.

—Tenés razón. Vamos.

Oyeron el paso de los caballos que se alejaban y se retiraron de la verja.

—No hay duda—dijo Meyer—que las sombras que han visto esos, son las de Sherlock Holmes y Sabina. ¡Maldito Sherlock!...

—Pero lo que no ha hecho la policía podemos hacerlo nosotros—dijo Guillermo.

—¿Qué?

—Buscarlos hasta que demos con ellos.

—Echales un galgo ahora!

—Por mucho que corran no pueden estar muy lejos.

—Guillermo tiene razón—dijo de pronto Meyer—Es preciso buscarlos y dar con ellos á todo trance. Vamos en seguida.

Llegaban ya á la puerta, cuando en el silencio de la noche se oyó una voz de mujer que con la mayor naturalidad del mundo decía desde una ventana:

—¡Guillermo!... ¡Percy!... ¡No me dan de comer hoy!... Tengo mucho apuro.

Era Sabina. Mudos de sorpresa se quedaron los cuatro amigos al ver que estaba en su cuarto la que ellos creían en poder de Sherlock Holmes.

Guillermo fué el primero que recobró su serenidad y echó á correr hacia la casa, gritando:

—¡Allá voy, señorita Sabina!

Los demás, por indicación de Meyer, recorrieron nuevamente todo el jardín, salieron luego á la calle y escudriñaron los alrededores buscando á Sherlock Holmes, pero inútilmente.

Volvieron á la casa, donde Guillermo les contó lo que había ocurrido.



Según le dijo Sabina, estaba ésta en su habitación cuando se le presentó Sherlock Holmes. Loca de alegría al verse libre de sus secuestradores, salió con Holmes, pero apenas habían andado media cuadra cuando el rumor de pisadas de caballos les hizo detenerse. Al ver que iban á ser descubiertos, y en la imposibilidad de ocultar á la joven, Sherlock Holmes le indicó que se retirara nuevamente á su habitación, lo que hizo la joven contra su voluntad cediendo á la promesa que le hizo su salvador de que al día siguiente la pondría en libertad.

—Eso lo veremos—dijo Meyer.

—Lo veremos—asintió Percy.

—Tú, Guillermo, te pones en la puerta del cuarto de Sabina y no te muevas para nada; tú Murray, te pones de guardia bajo la ventana; tú, Percy, te encargas de vigilar toda la casa y sus alrededores.